

Un arte escondido
Objetos del monte argentino

El camino del monte
Ricardo Paz

El camino del monte

Ricardo Paz

Este trabajo muestra las obras de la gente del monte argentino, lo que es hoy un pequeño rincón de nuestro país. Hasta hace algunos años gran parte de la Argentina rural vivía de la misma manera, produciendo sus propios muebles, cobijas y herramientas. En ese entonces este proyecto podría haberse originado en muchas provincias del norte argentino, en cualquiera de ellas un niño hubiese reconocido la silla, la cama o la mesa del abuelo campesino.

Las piezas que aquí se muestran nos muestran su historia y la historia de su pueblo. Nos hablan de los primitivos aborígenes que estaban antes de que el silencio se poblara de voces quichua, castellanas y mestizas. De cuando cruzaron el desierto y llegaron al monte y de cómo se desarrollaron en ese laberinto de huellas, árboles y sombras.

Observándolas quizás podamos imaginar el sentir de los primeros hombres frente a la naturaleza, caminando entre árboles, descubriendo herramientas e instrumentos entre sus ramas, recipientes en las oquedades y hasta formas para el mejor descanso del cuerpo.

Tiempo después, el Imperio incaico bajaría desde los Andes hasta este “País de la Selva”, a conquistar con el habla lo que luego los españoles conquistarían con el fuego y más tarde los ingleses, con las máquinas. Fue en esta zona, en el año 1553, donde se fundó la primera de nuestras ciudades y de donde salieron los primeros criollos a poblar lo que es hoy el territorio argentino.

Pero antes que la gente estuvo el monte, y es su espíritu el que, encarnado en este pueblo quichua-santiguense, se manifiesta de múltiples maneras: música, poesía, leyendas y tradiciones. Cultura, en fin, con su propia lengua, su arquitectura, su cocina y también su arte.

En la década del 80, como anticuario, viajaba por Europa y Estados Unidos. Me maravillaba encontrar un mismo anhelo en tanta gente de esta generación de fin de milenio: la vital necesidad de reconectarse con la naturaleza. Esa necesidad también se reflejaba en el mundo del arte. El diseño de interiores y la decoración se refrescaban y rejuvenecían con elementos llegados de las más diversas latitudes y eran resignificados desde una mayor conciencia ecológica.

El arte étnico emergía de las más selectas trastiendas con piezas llegadas del Africa, del mundo árabe, de la India, del Lejano Oriente y de la América precolombina. Pero aun en un tema como el arte primitivo el mundo parecía una vez más limitado al hemisferio norte. Lejos de los referentes europeos, nuestro centro, nuestra vida, estaban allá lejos en el mapa, al sur del hemisferio sur. Fue así como comenzamos con Belén un viaje por nuestra propia tierra, buscando en la Puna una tradición incaica que finalmente encontramos en el monte.

De las señales que aparecían en el desierto previo, ya una silla turquesa a un lado del camino, ya una pared de adobe, un mortero, un cuero de “león”, y de cómo nos fuimos internando cada vez más por huellas apenas transitadas podrían surgir miles de anécdotas, pero siempre el mismo mensaje: fuimos a las fuentes, las fuentes existen, y el monte argentino resultó una de ellas.

Nada sobra en la sencillez de sus casas. Allí, como en la naturaleza, todo tiene un sentido.

Es esta misma lógica de lo elemental, de lo estrictamente funcional, la que encontramos en sus muebles. La pureza de líneas que tanto se empeña en conseguir el diseño moderno aparece inocentemente resuelta en estas piezas que nos sorprenden con la simpleza de lo necesario y la sobriedad de lo imprescindible. Como si este modo de ver y usar la naturaleza fuese el eslabón perdido en el mundo del diseño. ¿No habrán nacido así, en todas partes, los primeros muebles de los primeros hombres?

Igualmente rica es la historia de su tradición textil, una herencia milenaria que fusiona la cultura andina con la cultura del Medio Oriente, aquella que trajera la Madre Patria en su sangre mora. Y campeando sobre ellas, los diseños victorianos llegados con los trenes ingleses a principios de este siglo.

Y el monte resultó una fuente inagotable de historias y sorpresas. No me corresponde a mí analizar por qué este tesoro permaneció oculto tanto tiempo aunque supongo que, al fin y al cabo, con los países sucede lo mismo que con las personas, no crecen hasta que no se miran a sí mismos y que, en nuestra juventud como país, apenas si nos conocemos.

Espero que este trabajo sirva para que la gente rescate y preserve lo que queda de los montes y de su forma de vida. Eran diez millones de hectáreas, y ya quedan menos de dos. Resistiendo al olvido, esta pequeña isla de árboles en el corazón de nuestra tierra nos recuerda que hasta no hace mucho, casi todo el norte del país era una inmensa arboleda llena de pájaros y animales salvajes.

Y es imprescindible reaccionar y tomar conciencia de que aun hoy, a pesar de la prédica ecologista, seguimos talando monte por el mísero valor del carbón, dejando centavos, desolación, cenizas y desierto donde antes había sombra y alimento para animales y materia prima para las manos, muchas veces desocupadas, que hicieron las obras que se ven aquí.

Aprovechando la tendencia global de revalorizar la naturaleza, proponemos una pequeña solución, práctica y posible a este drama ecológico, económico y social.

Partiendo del reconocimiento de esta cultura y de la revalorización de sus productos podríamos propiciar la creación de talleres en las escuelas rurales para el desarrollo de alternativas laborales. Estaríamos así protegiendo el monte y fomentando en su gente la posibilidad de producir bienes ahí mismo, sin necesidad de emigrar.

Es urgente rescatar de la extinción la sabiduría de esta última generación de artesanos. Son estas teleras, así como los viejos sogueros, plateros y carpinteros de campo, los que podrían comenzar enseñando en estos talleres rurales el saber artesano de aquellos oficios, ya casi olvidados, que aprendieran de sus mayores.

Proyectos similares podrían intentarse en las provincias del Litoral guaraní, en la Puna aymará y en la Patagonia mapuche: rescatar estas culturas, apoyarnos en su valor estético como posibilidad de una variable decorativa y desarrollar un estilo argentino, original y con identidad propia.

Después de tanto andar buscando referentes, también en el mismo campo de la decoración y el diseño podemos finalmente inspirarnos nosotros mismos.

Inmersos ya en este tercer milenio, tan urbano, virtual y globalizado, es aliviador el recuerdo del mundo natural del que estas piezas provienen y el hallazgo en ellas de una raíz, una identidad y una tradición cultural netamente argentinas.